

# 1

No puede ser cierto. No puede estar pasando. Tiene que haber un error.

—Anna, ¿te encuentras bien?

—Necesito coger aire —.El portazo retumbó en toda la sala.

Avanzo por ese inmenso pasillo, supongo que hacia la salida del hospital.

Nunca me han gustado, los odio, de hecho, pero, desgraciadamente, desde hace unos meses visitarlo se ha convertido en una rutina para mí. Bueno y para mis padres, quienes han estado cuidando de mí desde los primeros síntomas, aunque yo no le daba ni la menor importancia. ¿Qué tendrían de malo unos simples mareos? Seguramente serían provocados por el cúmulo de estrés.

Al fin llego a la salida, respiro profundamente y me siento en las escaleras. Necesito silencio, paz y tranquilidad... aislarme del mundo por un momento. No es nada fácil con 18 años tener que lidiar con un trabajo familiar, estudios, la separación de tus padres, el cuidado de tu hermano, y ahora esto. Un hemograma que señala 57.000 glóbulos blancos y una mirada del doctor que nunca olvidaré. Que nadie está preparado para ver jamás.

—Leucemia—. dijo el doctor—. Nada sin solución, por suerte.

Pero yo sé lo que supone la leucemia, mi tía Clara la padeció hace unos años. Se trata de una enfermedad de las células sanguíneas, en las que se multiplica un determinado tipo de glóbulos blancos (leucocitos, de ahí el nombre de la enfermedad) de forma descontrolada. A ella le fue muy difícil rehacer su vida, por no hablar de todo lo que costó encontrar a un donante de médula que fuera compatible con ella. Yo estuve con ella durante todo ese periodo de espera, de quimioterapia, acompañándola y dándole ánimos, diciéndole que todo iba a salir bien, que tuviera paciencia. Y ahora la que tiene cáncer de sangre soy yo... vaya ironía.

—Hola cariño —se acercó mi madre—. ¿Quieres que me vaya?

—Quédate, no pasa nada —respondí—. Sólo necesitaba salir un momento, me estaba agobiando ahí dentro.

—Te entiendo —aseguró ella—. Pero no puedes dejarte caer ahora. Todos estábamos mentalizados ante lo que podría pasar. Es mejor así a que nos hubiese cogido por sorpresa, ¿no crees?

No respondí porque en el fondo sabía que tenía razón. Los síntomas eran claros y tenía todas las posibilidades. Aun así, seguía manteniendo la esperanza de que podría haberse tratado de una falsa alarma, de que todo podría haber quedado en un susto.

—El médico te está esperando en la consulta —dijo mi madre—. Está hablando con tu padre, así que, si quieres preguntarle lo que te apetezca, puedes hacerlo sin problema,

nosotros saldremos de la sala para que habléis tranquilamente.

—Gracias mamá, ahora subo.

—De nada tesoro —y me abrazó—. Sabes que nos tendrás a nosotros en todo momento, a mí y a tu padre.

Necesitaba ese abrazo más que nada en el mundo, y ella lo sabía. Recuerdo que, de pequeña, cuando tenía miedo, era lo único que conseguía calmarme.

Siempre fui de las que se preocupaba por todo aunque no tuviera la más mínima importancia. Menos mal que, con el paso del tiempo, he aprendido a llevar mis problemas de otra manera; aunque a veces necesito volver a esos tiempos en los que mis preocupaciones no eran más que una simple caída de bicicleta. Este era uno de ellos.

Una vez tomado el respiro necesario, me armé de valor y fui nuevamente a la consulta. El doctor me explicó desde cero en qué consistía la enfermedad y el tratamiento que llevaríamos a cabo. También me informó de que ingresaría en el hospital ese mismo día puesto que querían empezar cuanto antes a hacerme pruebas para averiguar el tipo de leucemia al que me enfrento y empezar con la quimioterapia lo más rápido posible.

Al escuchar esa palabra todo me dio vueltas. Sentí que me desplomaría en cualquier momento, pero me recompuse rápidamente, ya que supe que debía acostumbrarme a ella.

Pensé en mi familia, mis amigos, mis estudios. ¿Qué sería de mí ahora? ¿Hasta cuándo duraría esto? ¿De verdad voy a perderme esta etapa tan importante de mi vida? Bueno, todo en caso de superarlo.

Y todo estaba yendo tan bien... Sueño con algún día estudiar Bellas Artes y llenar una sala entera con mis cuadros, que la gente cuando los vea se asombre al contemplarlos.

Mis padres siempre dicen que tengo una creatividad única y que si me lo propongo seguro que llegaré lejos. Lo mismo dice Laura, mi mejor amiga, que más que mi amiga la considero mi hermana. Hemos crecido juntas y siempre he tenido claro que puedo contar con ella para lo que sea.

Me pregunto cómo será esta vez cuando se entere de esto.

Tras horas de espera, finalmente me asignaron una habitación (para ser de un hospital la verdad es que no estaba tan mal, teniendo en cuenta que pasaré una larga temporada en ella), tengo el consuelo de que la de mi tía era mucho peor. Esta, al menos, parece tener algo más de vida gracias a los colores de las paredes, blanco y verde menta, y la decoración de unos pequeños cuadros de flores en tonos morados. A la derecha, al fondo de la habitación, se encuentra mi cama, mientras que cerca de la puerta queda un espacio libre, probablemente para la cama de mi compañero o compañera. También, al lado de mi cama, hay una ventana grande con vistas a la ciudad que, al estar la habitación situada en un sexto piso, puedo verla prácticamente entera.

—¡Madre mía, pero si aquí vas a estar como una reina!

—¡Tía Clara! —corrí a darle un abrazo con lágrimas en los ojos.

No me pude contener, creo que hasta ese momento no fui verdaderamente consciente del motivo por el que había venido. El mismo por el que antes yo iba a verla a ella. Nos

sentamos al borde de la cama y lloré desconsoladamente en su hombro mientras mis padres se quedaron fuera de la habitación con mi hermano, que había venido con mi tía.

—Ya está Anna, tranquila —me animó mi tía—. Tu hermano quiere verte y no puedes estar de ese modo. Tienes que ser fuerte; si no lo haces por ti, al menos piensa en él.

—No sé si voy a poder con esto, tía Clara —admito entre lágrimas—. Todo esto ha ocurrido muy rápido. ¿Y si no soy capaz de superarlo? Te juro que no sé de donde sacar las fuerzas necesarias...

—No digas eso —interrumpió ella—. La sacas de donde puedas, ¿o acaso no eras tú quién me decía que todo saldría bien? ¿Que tenía que ser valiente y optimista?

—El poco optimismo que me quedaba se perdió en la consulta al descubrir el resultado de los análisis —murmuré mientras me secaba las lágrimas.

Escucho su voz al otro lado de la puerta preguntando por mí, mi padre toca la puerta y abre. Veo al pequeño Hugo corriendo hacia mí como hace siempre al verme con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola Annaaa! —gritó él, y vino a darme un beso.

—Baja la voz, Hugo, que esto es un hospital —susurré yo con el fin de que imitase mi nivel de voz—. ¿Qué tal con la tía Clara? Ya tenía ganas de verte —le dije con una sonrisa.

—Vale Anna —susurró él—. Bien, salimos a dar un paseo y después fuimos al parque.

Mi hermano Hugo tiene ocho años. Lo sé, nos llevamos 10 años de diferencia, bastantes, la verdad. Sin embargo, creo que ese es el motivo por el que nos queremos tanto.

Conozco más personas de mi edad que tienen hermanos pequeños y ninguna de ellas tiene una relación parecida a la que tenemos nosotros. Lo quiero más que a nadie, y sé que para él también es así.

—Hugo, ¿te parece que vayamos a la cafetería? Están tu tío y tu primo esperando. —preguntó mamá.

—¡Sí! ¡Ahora voy, mamá! —dijo mientras se despedía de mí con un abrazo—. ¡Adiós, Anna, te quiero!

Yo sí que lo quiero, es hermoso. En ese sentido salió a mi padre, parece un ángel de cabellos rubios y rizados, por más que sea un trasto. Es el más bajito de su clase, por lo que aparenta ser más pequeño de lo que es. Y aunque es inquieto, esa mirada profunda de ojos marrones que tiene hace que no dudes en ningún momento de su buen corazón.

Con respecto al físico lo cierto es que no nos parecemos. Yo soy morena y tengo los ojos claros, como los de mi abuela. Tampoco es que destaque mucho por mi altura, considero que tengo una altura normal para mi edad, aunque ahora parezca mucho más pequeña. Desde que me empecé a notar los primeros síntomas, como mareos, dolores y fatigas, perdí el apetito por completo. Mis padres me obligaban a comer, pero verdaderamente yo no podía, ya que todo lo que comía sentía la necesidad de arrojarlo al instante. Fue entonces cuando se dieron cuenta de que algo malo me pasaba.

De repente, se abre la puerta y los enfermeros llevan una camilla al lugar de la habitación correspondiente, al lado de la mía. En ella se encuentra una mujer de unos 26 años, todavía adormecida debido al efecto de la anestesia.

—¡Buenas tardes Anna! —me saludó el enfermero—. Ella es Maia y seréis compañeras de habitación durante vuestra estancia en el hospital. En un momento pasaremos a ver cómo sigue, habla con ella cuando despierte, así también la espabilas un poco.

Asentí con la cabeza mientras los enfermeros se marchaban, mi padre y mi tía seguían todavía mi lado.

—Bueno —dijo mi padre tomándome de la mano—. Ahora sólo nos queda tener paciencia y afrontarlo con ánimos. No estás sola, cariño. Esta lucha es de todos.

## 2

Leucemia linfoblástica aguda. Esos son los nombres y apellidos contra los que me enfrento. Tras innumerables pruebas a las que fui sometida los primeros días, finalmente los médicos dieron con el resultado. Había que comenzar con el tratamiento cuanto antes.

Ayer tuve mi primera experiencia con la quimio. Fue mejor de lo que pensaba, ya que de momento no he sufrido efectos secundarios, como náuseas o vómitos, tan sólo cansancio. Estuve toda la tarde tumbada y he de admitir que hoy ya me encuentro mucho mejor.

La primera pregunta que le hice a la doctora fue respecto a la caída del pelo. Me aconsejó que, a partir de la segunda sesión, me rapase al uno o al dos, pero yo preferí hacerlo al salir de la primera; tarde o temprano me quedaría sin pelo y prefería ahorrarme el trauma de ver cómo me iba quedando sin pelo por momentos.

Hoy ha venido Laura a visitarme y nos hemos quedado todo el día las tres juntas en la habitación: Laura, Maia y yo.

Maia es una chica increíble. Padece insuficiencia cardíaca y está ingresada para asegurarse de que se mantiene estable. Según nos contó ella, esto se produce cuando el corazón no es capaz de bombear suficiente sangre al resto del cuerpo.

—Siempre me han gustado los deportes —afirmó Maia—. Sobre todo los extremos. Cuando tenía 24 años, Adrián y yo viajamos a Costa Rica. Es mi novio y, al igual que yo, atrevido a la hora de lanzarse a una aventura. Durante esa semana practicamos diversos tipos de deporte, desde buceo con tiburones hasta incluso *rafting* o *puenting* en el río Colorado. ¡Fue una experiencia inolvidable!—dijo entusiasmada—. Si alguien me hubiera dicho en ese momento que en dos años me detectarían problemas cardíacos y tendría que dejar de hacer lo que me gusta, ¡lo hubiera tomado por loco! —rió ella—. Adrián ahora está trabajando en Alemania, hablamos todos los días por Skype pero, aún así, tengo muchísimas ganas de verlo.

—¡Vaya Maia! —exclamó Laura—. ¡Me encantaría vivir una experiencia como la tuya! ¡Y en Costa Rica! Algún día nosotras viajaremos allí y haremos lo mismo, ¿verdad, Anna?

Yo me quedé en blanco. No sabía qué decir.

Me miré reflejada en el cristal de la ventana y no me encontré. Tan sólo pude ver una joven desconocida con la cabeza recién rapada y vestida de hospital. Débil, sin fuerzas, sin esperanza...

—Annie, mírame—. dijo Laura girándome la cara hacia ella—. Saldrás de esta.

Nosotras saldremos de esta. Lo sabes, ¿verdad? —aseguró cogiéndome de la mano.

Dicho por ella sonaba creíble.

Teníamos programado un viaje para después de la graduación por algunas ciudades de Europa.

Al fin saldríamos de Tenerife y viajaríamos en verano por Londres, París, Berna y Roma. Pero ahora ya esos planes no existen. Estamos a mitad de curso, un curso que ya doy por perdido, al igual que mi graduación y, con ello, mi oportunidad de ir a Madrid a ser artista.

Íbamos a estudiar en la misma universidad, yo Bellas Artes y ella Derecho. Pero me temo que ese viaje sólo lo hará ella.

—Anna—dijo Maia—. Si te sirve de consuelo, cuando salgas de este hospital, volverás a rehacer tu vida, te cueste más o menos —añadió segura de sí misma—. Y si no me crees, mira a tu tía. Tú misma me contaste lo que le costó volver a encontrar trabajo y a adaptarse a los nuevos cambios. Pero lo hizo, y ahora es feliz, como tú también lo serás en unos meses —aseguró ella—. Además, me debes todos esos viajes que me voy a perder estando aquí. Y si no pudieras hacerlos, en cuanto salgas tendrás toda la vida para hacer todo tipo de actividades, Anna, te lo garantizo.

—Gracias, Maia —Y sonreí.

Durante las siguientes semanas todo seguía igual. Yo con la quimio, Maia con sus pruebas y chequeos habituales, y mamá y papá (junto con Laura cuando podía, ya que estábamos en época de exámenes) venían a verme todos los días.

Mi hermano lo hace menos, pero siempre me llama por teléfono antes de irse a dormir. Me cuenta cómo le ha ido el cole y todo lo que ha hecho durante el día, y me pregunta continuamente por cómo estoy, a lo que yo siempre le respondo que me encuentro bien, que estoy entretenida porque tengo a Maia y que tengo muchas ganas de verlo.

Todos los días cuando me levanto lo primero que hago es encender la televisión y ver las noticias. Intento encontrar alguna buena que me distraiga y me alegre el día entre tanta enfermedad y angustia que nos rodea en este lugar. Es el único medio que tengo para despejarme y, muchas veces, en vez de ello, me hace sentir peor. Es entonces cuando apago la tele y espero a que Maia se despierte.

Mientras, miro por la ventana y observo los edificios. Me entretengo pensando en cómo será la vida de las personas que habitan en ellos. Igual que la mayoría de las familias, supongo. Siguiendo lo que ellos llaman “rutina”: padres estresados corriendo de un lado a otro para no llegar tarde al trabajo mientras sus hijos desayunan plácidamente viendo la tele sin preocupaciones; conductores malhumorados que, de camino al trabajo, se quejan del sueldo tan bajo que tienen o de la mala vida que llevan mientras que otras personas salen con una amplia sonrisa en la cara, optimistas porque tienen la esperanza de que ese va a ser el día en el que conseguirán cualquier trabajo para poder alimentar a su familia... y no sólo eso, sino que, después del trabajo, habrá personas que lleguen a sus

casas dispuestas a comer un plato de comida caliente, encenderán la tele y lo único que harán será quejarse porque “ya había comido pasta hace cuatro días”, cuando miles de familias en ese mismo momento se encuentran comiendo la misma sopa recalentada de hace cinco días siendo ese su primer plato del día; pero claro, también se quejarán de que, encima, en todos los canales echan la misma “porquería”, mientras que sus parejas se encuentran al lado, calladas esperando a sacar algún tema de conversación acerca de cómo les ha ido el día.

Y a eso le llaman rutina... ¡Cuánto se equivocan!

Rutina es cuando te despiertas todos los días sabiendo que a las 8:30 te traerán el desayuno, a las 12:45, el almuerzo, a las 16:30, la merienda y a las 19:30, la cena. Rutina es que cada dos semanas a las 12:00 te toca sesión de quimio. Rutina es mirar a través de la puerta y ver siempre los mismos pasillos, las mismas caras de cansancio de los enfermeros, los mismos pacientes y las mismas enfermedades. Rutina es estar al borde de un ataque de nervios cada vez que ves al médico entrar por la puerta por si acaso sea para informarte de que el tratamiento no te está sentando bien o que has sufrido alguna complicación.

Eso sí es rutina.

En ese momento, Maia se despierta al escuchar a la enfermera golpear la puerta.

—Buenos días, chicas —saludó la enfermera—. Anna, en dos horas paso a recogerte, el doctor dice que quiere verte.

—De acuerdo —asentí.

La enfermera salió de la habitación y nos quedamos en silencio. Maia y yo nos miramos incómodas, supe que mi miedo se había expandido por toda la habitación.

Avanzamos por el largo pasillo. «Dios mío... ¿qué es lo que quería decirme? ¿habría empeorado? ¿será que no mejoro con la quimio?»

La enfermera me llevó en silla de ruedas a una pequeña sala, en la que llevo ya cinco minutos esperando por el médico.

Observo mientras la habitación. Frente a mí, unos preciosos sillones púrpura con patas negras, que contrastan con el parquet laminado de madera y las paredes color beige, decoradas con marcos de fotos de diferentes colores. En ellas, distintos enfermeros aparecen tratando a pacientes de diversas patologías. Me sorprendió ver la cantidad de casos con los que había tratado este hospital. Había fotos de pacientes recientes, y otras realmente antiguas. Pero hubo una en concreto que me llamó bastante la atención.

Era una foto de una niña, unos 10 años calculo, que, al igual que yo, padecía cáncer. En la foto aparece vestida con la indumentaria del hospital agarrando fuertemente su elefante gris de peluche bajo el brazo, mientras que se colocaba con ambas manos el estetoscopio<sup>1</sup> que le habían prestado las enfermeras. Al lado de la pequeña se encontraba

---

1 Instrumento médico compuesto por dos auriculares conectados mediante tubos flexibles a un diafragma que se coloca sobre la piel para escuchar los sonidos internos del cuerpo. Generalmente se coloca en el tórax o en la espalda para escuchar los sonidos del corazón o de los pulmones.

una joven pareja sonriente sentada al lado de la camilla, quizás sean sus padres.

—Se llamaba Sofía —espetó el doctor separándose del marco de la puerta y avanzando hacia mí tranquilamente—. 9 años, una hermosa vida por delante y cáncer de estómago. Sin duda tenía los ojos más bonitos que he visto en toda mi vida, lástima que no se aprecien bien en la foto. Era una niña preciosa. Sólo con ver ese azul intenso en su mirada ya te bastaba para saber cómo se encontraba, y su cabello rizado le doblaba en volumen. Tenías que haberla visto antes de la quimio —añadió sentándose frente a mí—. Soñaba con ser enfermera, siempre quería ayudar en el hospital y decía que, cuando fuese mayor, cuidaría de los demás tanto como la habían cuidado a ella aquí.

—Hablas de ella como si ya no estuviese —contesté yo con voz temblorosa—. ¿Qué le pasó?

—La enfermedad no la dejaba comer y perdió mucho peso, estaba muy grave. Tuvo que ser trasladada a un hospital de Madrid, donde la esperaba un grupo de especialistas para atenderla. No volvimos a saber más de ella.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me pregunto si estará bien, si habrá superado su enfermedad. Confío en que así sea.

Me di cuenta de que el doctor había entrado con una carpeta azul marino bajo el brazo y recordé por qué me había citado aquí. «Mierda, seguro que tiene que ver con los resultados del hemograma de ayer». Me dolían la cabeza y las articulaciones. Estaba incluso más nerviosa que el día en que me diagnosticaron la enfermedad.

—Pero dejando ese tema a un lado, vamos a centrarnos ahora en ti, que para eso hemos venido—dijo el doctor—. Cuéntame, ¿Cómo amaneciste hoy?

—Bien —aunque me di cuenta de que había sonado poco creíble—. Bueno, un poco mareada y con algunos dolores, pero nada comparado con los de la semana pasada.

—Pues entonces no te quito mucho tiempo de tu descanso—añadió—. Quería hablar contigo para comentarte que viendo cómo tu cuerpo ha respondido a la quimioterapia en estos meses, lo he estado valorando y opino que ya va siendo hora de ir considerando un trasplante de médula. Tardaríamos un tiempo en buscar a alguien compatible contigo al 100% pero...

—¡Trasplante de médula! —interrumpí entusiasmada—. Pero eso significa que estoy mejorando, ¿no?

—Afortunadamente, sí. La quimioterapia te sentó bien y no hubo ninguna complicación durante el proceso. Así que no veo por qué habría que alargar más tu estancia en el hospital.

¡POR FIN! Llevo meses esperando escuchar esto y hoy después de tanto tiempo puedo decir que he visto un avance. No me lo puedo creer... ¡Al fin voy a curarme! Ahora mismo lo único que quiero es llamar a mi familia y contarles la estupenda noticia.

Nunca me había sentido tan plena de camino a la habitación. Veo un poco borroso y me duele la cabeza, de nervios, me imagino, pero en estos momentos únicamente pienso en qué dirán Maia y mi familia cuando se enteren.



—¡Maia, Maia! —exclamo mostrando mi entusiasmo cuando entro a la habitación—. ¡El doctor me ha dicho que estoy mejorando! ¡Van a buscar a alguien compatible conmigo para el trasplante de médula! ¡¿No es genial?! —dije con la mayor alegría que había mostrado hasta el momento.

—¿De verdad? ¡Cuánto me alegro de que estés mejor, Anna! —se levanta contenta y viene a darme un abrazo—. ¿Ya lo saben tus padres? ¿Se lo has dicho a Laura? ¡Les va a dar algo de la emoción cuando se enteren!

Maia se ha convertido en un gran apoyo para mí y sé que nada de esto sería lo mismo sin ella. Ha habido meses en los que me ha costado seguir adelante con el tratamiento, me sentía débil, pero pese a ella también estar enferma, siempre ha estado ahí para sacarme una sonrisa y animarme.

Por desgracia, sigue con sus recaídas, y a veces se le complica un poco. Hace dos semanas le dieron el permiso de salida porque era el día su cumpleaños y de camino a casa tuvieron que volver al hospital (y eso que los médicos se aseguraron de que estaba todo en orden al dejarla marchar). Maia no recuerda nada, salvo encontrarse en el coche y de repente despertarse en la camilla de la ambulancia. Ese día iba con su hermano Fran, quien les contó a los médicos que Maia, antes de desmayarse, le decía que le faltaba el aire y le costaba respirar.

Tras verla de vuelta al hospital, los médicos me informaron de lo sucedido y les pregunté si eso era normal. Ellos me advirtieron que lo de ella sería un proceso lento y progresivo, que tendría que tener paciencia.

Mis padres entraron juntos a la habitación contentos al haberse enterado de la noticia. Mi padre me trajo una flor, ya que dice que el ramo me esperaría en casa cuando saliese de este lugar definitivamente. ¡Tan sólo de pensarlo se me rallaron los ojos!

Pero cada vez me sentía más y más mareada. Todo me daba vueltas, entre la medicación y la emoción sentía que estaba en lo alto de una montaña rusa.

—¡Que alegría que estés mejor cariño!— exclamó mamá—. Cuando tu padre me llamó para contarme lo que dijo el doctor, intenté llegar lo más rápido posible. Dejé a Hugo en casa de los abuelos, él también quería venir pero le dije que todavía no estabas curada del todo y que dentro de poco vendría a hacerte una visita. Ahora tenemos que encargarnos de buscar a alguien que pueda ser compatible contigo. Capaz alguno de...

Poco a poco su voz se va convirtiendo en un susurro. Intento escuchar a mi madre... pero no lo consigo.

Lucho con todas mis fuerzas para que mis ojos no se cierren...pero tampoco puedo.

### 3

No sé cómo he podido llegar a esto. ¿En qué momento ha ocurrido?

Siempre fui una niña fuerte, llena de salud. Vivía el día a día feliz y con ánimo junto a mi familia y amigos. Sin embargo, ahora todo se ha esfumado. No tengo fuerzas para luchar. No me queda nada.

Como si no me bastase ya con tener que luchar contra el maldito cáncer, tras realizarme nuevos estudios los médicos se fijaron en la aparición de sustancia blanca en regiones posteriores de mi cerebro: leucoencefalopatía. Comenzaría de nuevo con tratamientos (mucho más agresivos), inyecciones, cuidados... y por supuesto, adiós trasplante.

Ahora me encuentro acostada en la habitación, ya han cesado los dolores de cabeza y los mareos. A mi lado, aparte de Maia, se encuentran Laura y mi tía, quienes no se han separado de mí desde hace cuatro días.

—Annie —dijo Laura—. Has luchado todo este tiempo por recuperarte y salir adelante, no te puedes rendir ahora. No merecerían la pena todos los meses que has pasado aquí, y junto a ti nosotros, que no te hemos dejado caer ni en un solo momento. Dijimos de luchar hasta el final, ¿recuerdas? —insistió ella cogiéndome de la mano de esa maldita forma que me hace sentir peor.

—Hace tres días que no te apetece comer nada —añadió Maia—. Y no sólo eso, sino que tampoco quieres hablar, sigues sin dormir bien porque las pesadillas te lo impiden. ¿Y ahora esto? Anna, yo no soy médico, pero sé que dejar la quimio en estos momentos no es la mejor solución.

¿Pero qué se piensa?! ¿Qué, si por mi fuera, estaría aquí acostada como si me tratase de un vegetal? ¿De verdad no se da cuenta de que odio tener que tomar esta decisión? Ni siquiera es de mi familia y se cree con derecho a influir en mis decisiones.

—Cielo, no te dejes vencer por el miedo —replicó mi tía—. Eres más fuerte de lo que crees, y luchando de todo se sale. Te lo digo yo que he sufrido y superado la misma situación que tú, cariño.

Estallé. Ya no aguantaba más.

—¡NO TÍA, TÚ NO HAS PASADO POR ESTO! —grité con lágrimas en los ojos—. Tú tuviste cáncer, fuiste valiente, luchaste y ganaste. En cambio, yo tengo cáncer, fui valiente y luché hasta el último momento por superarlo, pero he perdido, ¿vale?

Me miraban asustadas. Creo que nunca le había alzado la voz a mi tía de esa manera. Pero ya no podía parar, necesitaba liberarme.

—Y sí, sé que habéis estado conmigo todo este tiempo y os doy las gracias por ello.  
—Les dije a las tres—. ¡Pero ya estoy harta de todo! Estoy CANSADA de todo esto. Cuando parece que me encuentro estable, que mejoro, que ya voy a salir de una vez de este maldito hospital y de esta horrible situación, todo se vira y hay que comenzar de nuevo. No voy a poder con esto otra vez. No me quedan fuerzas para seguir con esta lucha interminable. Me rindo... lo dejo.

Me mira y la veo a punto de llorar.

No puedo verla así, la quiero como si fuera mi madre. Me ha ayudado siempre, de hecho, fue mi mayor apoyo durante la separación de mis padres. Hugo y yo nos quedábamos en su casa y ella nos enseñaba a hacer esas tartas que tanto nos gustan. Le encanta la repostería, y a mí me encanta estar con ella. Sé que a ella le duele verme así, pero espero que me comprenda.

—Laura, Maia —espetó mi tía—. ¿Podéis dejarnos un momento solas a Anna y a mí?

—Claro —respondió Maia—. Laura, ¿Me acompañas a hablar con las enfermeras?  
—dijo ella cambiando de tema—. Hace tiempo que no salgo de esta planta y me gustaría saber si podría bajar, aunque sea hasta la cafetería a coger aire.

Laura asintió y ayudó a Maia a sentarse en la silla de ruedas, ya que llevaba una larga temporada sin caminar y ahora le costaba un poco.

Ambas se marcharon de la habitación sin quitarme la vista de encima. Probablemente fuera porque se imaginaban me esperaba una larga charla con mi tía, o quizás fuera porque tenga una pinta horrible. Con la quimio, mi piel se ha quedado sin vida y apenas duermo por las noches, así que mis ojeras ahora mismo tienen un tamaño bastante considerable.

Nos quedamos solas en la habitación, ambas mirándonos en silencio. Sé que no debí haberle hablado así, y mucho menos decirle lo que le dije, pero ya era hora de que supiese cómo me siento. Yo tengo derecho a decidir sobre mi vida y eso es lo que voy a hacer.

—Cielo —dijo mi tía con voz suave—. La decisión es tuya y no puedo obligarte a nada. Y créeme cuando te digo que tampoco quiero hacerlo—.se levantó y se sentó a mi lado en el borde de la cama—.Anna, sé lo que es estar sentada en una cama viendo el mundo pasar ante tus ojos, que la gente que te rodee esté continuamente dándote órdenes sobre lo que tienes que hacer e incluso acerca de lo que debes pensar. Pero la vida es así, así de real y así de dura. Cuando crees que al fin estás cerca de la cima, que estás a punto de llegar la meta, cansada de estar días y días habiendo recorriendo miles de kilómetros, te das cuenta de que, para seguir adelante, sólo tienes la posibilidad de saltar al vacío. Ese es el momento en el que la vida te ofrece la oportunidad de coger carrerilla y lanzarte, arriesgándote a caer en un gran tanque de agua turbia, o por el contrario, en el lago más maravilloso con el agua más pura y limpia que verán tus ojos a lo largo de toda su vida. Tú eres la que decide qué hacer en ese momento, cariño. Dios no va a venir y conceder por obra lo que está en tu mano —me dijo acariciándome la mano—. Desde que empezaste el tratamiento, tú sabías que esto sería como una pelea de boxeo, donde por

muchos ánimos y apoyo que recibieses, la que está arriba del ring, la que tiene que luchar y ganar la batalla por muy duros que sean los golpes serías tú. Tú sola ibas a ser la que tendría que decidirse a apostar todo y ganar, o dejar que tu contrincante te supere. Sé sincera, ¿realmente así es como quieres acabar? ¿No te merece la pena seguir luchando por un futuro mejor para ti?

Hasta que no dejé de hablar no me había dado cuenta de que estaba a punto de romper a llorar. Y no hablo de mi tía, sino de mí.

La abracé con tanto amor como nunca lo había hecho antes. Sé que lo dice por mi bien, y sé que por la única razón que lo hace es para verme feliz.

He estado pensando de una forma muy egoísta durante todo este tiempo, creía que tomaba decisiones que me influían a mí sola sin darme cuenta de que detrás de mí, tenía a un grupo de grandes personas sujetándome y manteniéndome firme.

—Tía, me cuesta mucho ver mi futuro ahora mismo —aseguré—. Llevo meses encerrada aquí dentro y no tengo nada que me asegure que, en caso de que siga con el tratamiento, me vaya a curar. He perdido la esperanza y no sé dónde encontrarla. Ahora mismo no me veo capaz de aguantar más palos. No me veo tan fuerte como tú dices.

—Eres igual que tu hermano, Anna, siempre ponéis en duda lo que digo —replicó mi tía—. Definitivamente, es en lo único en que se parecen— rió entre dientes.

Yo sólo me limitaba a sonreír.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes la sonrisa más bonita del mundo? —dijo mi tía, secándose una lágrima—. Siempre has conseguido lo que te propones, nunca te has dado por vencida, ¿por qué ibas de hacerlo ahora? Sonríe a la vida, cariño, sonríe también a la enfermedad.

Me encantaría algún día llegar a ser como ella, tener su ilusión y su optimismo, pero ahora no tengo nada que me motive a ello.

De pronto, escucho la puerta de la habitación y una nueva enfermera entra y lleva a Maia hasta su cama.

La enfermera de cabellos rizados y ojos azules más bonitos que he visto en toda mi vida.